

Mario Monteforte Toledo

LOS DIOSES INDIFERENTES



La India es un mundo religioso; nada puede comprenderse de ella sin tenerlo presente. Los hindúes nunca han creído en el instrumental utilitario, en la capacidad humana para vencer a la naturaleza y someterla a su provecho. Su poder estriba en la imaginación para crear dioses, a los que invisten de facultades para domeñar a la fiera o al río, el hambre o la peste. Pero los dioses ya terminaron de nacer, aunque no de ser y de manifestarse; de ahí que el hindú ya no invente, pero sí descubra lo sagrado todos los días, sin asombro, porque lo natural nada tiene de pasmoso. El bien y el mal corresponden a lo perecedero e integran el proceso de la eternidad; sólo adquieren categoría ética cuando se sufren, se gozan o se practican estoicamente hasta sus últimas consecuencias. El espíritu se salva venciendo a la materia hasta el desprecio o el olvido. El hombre no es responsable de la circunstancia que lo rodea. Se afirma cuando renuncia a lo material; pero esa renuncia no da libertad porque su corolario, el diálogo y la comunión con las divinidades, acarrea la alienación íntegra.

El hinduismo persigue lo absoluto fuera del hombre y el budismo en su profundidad. Era lógico que con un fin común y el ascetismo renunciante y mortificador como medio, ambas religiones entraran en convivio y se interpenetrasen armoniosamente. Los diversos pueblos que invadieron la India hace mil años en nada cambiaron las superestructuras, porque no profesaban sistemas religiosos tan evolucionados como los que allá encontraron; a la India sólo puede conquistársele con superioridades materiales y plena conciencia histórica de que más pronto o más tarde serán corroídas por las fuerzas del espíritu, la inercia y la tenacidad multitudinaria. El primer conflicto surgió con la incursión del Islam. Este credo predicaba la interdependencia entre los actos concretos del individuo y su merecido en el otro mundo; tras la corta prueba de la vida, la eternidad en el infierno o en el paraíso, compensación de halagos a los sentidos tal como podía concebirla el menesteroso de la tierra.

El islamismo era apenas un derivado de conceptos religiosos que nacieron en la India, democratizados a través del cristianismo. Sólo podía difundirse en su suelo matriz como consecuencia de un acto de poder, de una política impositiva de Estado. Su instrumento fue el imperio de los Mugales, con su avasalladora voluntad unitaria y su competencia dialéctica de organización. Los hombres pudieron entrar en los templos y comunicarse con los dioses sin la férula de los sacerdotes, que en el transcurso de los milenios habían acaparado el conocimiento de la espiritualidad y el lenguaje para dirigirse al Deus. Las castas medias y aun las más bajas tuvieron oportunidad de dignificación, y la fe se racionalizó. La islamización pudo expandirse hasta donde el poder civil era efectivo, es decir las ciudades; la inmensidad rural —que no es la selva sino el *habitat* del hombre en el más completo estado de renuncia— permaneció inmutable. Los Mugales se dieron cuenta de que

era utópico gobernar tan dilatado imperio sin aprovechar las viejas estructuras; por eso remozaron el feudalismo, toleraron la práctica de otras religiones y abrieron la suya a influencias extrañas, las cuales, en último término, no hacían sino reconquistar lo antiguamente suyo. Pero la India nunca salió —y no ha salido aún— de su condición protoplásmica, que es el más alto grado de posibilidad germinal y, al mismo tiempo, consuntiva y contaminadora. El imperio islámico acabó por disolverse; pero sobrevive en millones de creyentes, con un género de fidelidad servil muy distinto al de los árabes, pues diversos son los pueblos que moran en los desiertos y las tierras herméticas, incitados a la libertad por los cielos desnudos, y los pueblos que moran en el suelo más poderosamente creador, agobiados por las fuerzas naturales en su máximo desenfreno. Sobrevive también el Islam en su arte, aunque penetrado por elementos hindúes y budistas.

A lo largo de los siglos, el genio animista, idolátrico y ornamental de los hindúes, se fue superponiendo al culto de las ideas abstractas; los símbolos se aproximan a lo concreto y hoy pueden observarse iguales muestras de fanatismo elemental y exacerbado en los templos de todas las religiones. Las únicas estructuras que conservan su primitiva severidad son las mastabas budistas —en torno a las cuales los peregrinos, sin mirarlas siquiera, destejen su rosario de millones de pasos— o las mezquitas desahfectadas del culto y conservadas como monumentos arquitectónicos.

El templo hindú es una expresión a la vez de síntesis y jerarquía, de intimidad en las relaciones entre el hombre y los dioses. El exterior es la manifestación de lo real, que constituye la totalidad trascendente de las formas, desde el coito y el acto sacrificatorio hasta la flora y los diseños de las constelaciones; la imaginación splende en la opulencia del detalle dentro del rigor de la composición y del rito. El interior del templo, su aposento cardinal, se reduce a una celda estrecha, sencilla y oscura, para que el hombre quede solo y perciba las respuestas que la divinidad se digne dar a las demandas más audazmente concebidas en su pensamiento. En esa cámara suele haber un lingam rodeado por un yoni, falo y útero, que significan origen y fin de la vida sobre la tierra, el placer y el dolor en sus formas primigenias, los elementos creadores a disposición del ser humano, los opuestos, la representación que sintetiza la dialéctica por excelencia. El templo es un perfecto equilibrio entre las fuerzas centrífugas y las centrípetas, y no culmina en ápice ni escapa hacia el firmamento por torre alguna.

Los ensayos de síntesis entre las religiones que tienden a lo abstracto y las que tienden a lo concreto han fracasado. Unos cuantos hombres esclarecidos siguen las enseñanzas de Sankara, que aceptaba la meditación pero con objetivos prácticos, o las de Ramakrishna y Vivekananda, que prescriben la ayuda al prójimo como camino de purificación individual; mas el pueblo acaba por invadir esos sistemas, poblándolos de santuarios de idolatría y de rituales exotéricos y vulgares.

En el orden de las ideas, la pugna entre hinduistas y mahometanos nunca se ha zanjado, y hoy se complica con factores políticos y económicos: las consecuencias de la partición del subcontinente, la subrogación de la lucha entre los anhelos nacionalistas y el imperio británico, la competencia entre las clases medias por negocios o cargos burocráticos, las relaciones con los bloques ideológicos que se dividen el mundo. Aquella pugna asume proporciones monstruosas, como las matanzas recíprocas del año 64 con motivo del supuesto robo de un cabello de Mahoma en Kachemira —llevadas al paroxismo ahí donde las pasiones se desbocan, como en Bengala—. La capacidad de violencia de todos los hindúes no trasciende el ámbito religioso, y por lo tanto no amenaza el orden terrenal ni la relación entre el hombre y el poder, el pueblo y los factores de su atraso. Todas las religiones concuerdan en el sostenimiento de la autoridad. El conflicto entre el Estado laico a que aspira el gobierno actual y la superestructura religiosa —ligada a la pervivencia del feudalismo— es latente; pero no cobrará virulencia mientras al igual que en muchos otros estadios de la vida comunitaria, prevalezca una distancia tan poco mensurable entre las instituciones jurídicas y la realidad humana.

Tres conceptos forman el continuo histórico de la religiosidad en la India: la noción de lo sagrado, con su prolijo y absorbente ritual externo; la reencarnación, que al poner énfasis en la unidad de todo lo que vive se traduce en el desprecio por las desigualdades empíricas, y la desalienación del individuo con respecto a su medio, que excluye su funcionamiento como reactivo contra la naturaleza y el orden temporal. La fuerza de estos conceptos no es la rigidez o la militancia proselitista, sino el espesor adiposo e inerte.

A través de ese tejido tendrán que abrirse paso las manifestaciones de progreso técnico y justicia social, acaso los solos conceptos creados por el Occidente sin plagio ni deuda con la India, susceptibles de tender el puente sobre el abismo que nos separa y de contradecir la terrible sentencia de Kipling: *East is East and West is West— and never the twain shall meet.*

